

gravemente. Tu sabes con la luz de la Fé, como el Sacramento de la penitencia, à costa de la Sangre de Christo, se te previno para remedio de tus caídas. Y tu qué has hecho? Tu has abusado de este remedio para precipitarte con mas temeridad, en confianza de que te podrías levantar en queriendo: *hijo, pecaste*. O que grande pecado es el que has cometido! Acabese, pues, aquí:

Fili, peccasti. No vuelvas à pecar, porque te protejio, que tu esperanza, si así se puede llamar, se fulstrará facilísimamente. Quanto mas animosamente cometes nuevas culpas, tanto refuerzas en ti los hábitos malos (no le podrás decir à Dios, que dexó de acordartelo) y te parece este daño pequeño para tu Alma? Lo que al principio fue una tenuísima exhalacion de la tierra, creciendo poco à poco, donde no llega? Antes se adensó en una niebla, después se aprieta en una nube, y luego finalmente se consolida en una piedra, bastante para matar à los hombres, y buelve à herir furiosa, mudada en rayo, la misma tierra, de donde havia salido: Así le sucederá à tu pecado. Este, despreciado antes de ti como cosa ligera, y después con la costumbre convertido en obscuridad, y obstinacion, será finalmente para ti aquel gran rayo impetuoso, que bolverá de improvviso à caer sobre tu cabeza, para darte una eterna muerte. No vuelvas, pues, à pecar mas, porque demás de los hábitos malos, que te menoscaban à ti las fuerzas para levantarte, se le acrecentará tambien al Demonio, quanto mas peques, aquel poder, que ha adquirido sobre ti, de fuerte, que pasará al fin à dominio. Y no solo esto, mas acuerdate después de que el pecado desagrada infinito à tu Santísimo Señor, que nada aborrece mas, que la maldad, y que por causa de ella aborrece tambien infinito al malo.

De semejante modo tiene Dios odio al impio, y à su impiedad. Qué será, pues, si quisiere Dios hacerte experimentar los efectos de este odio divino, negandote aquella abundancia de gracia, que por una parte es tan necesaria para tu salvacion, y por otra tan desmerecida de ti? Si tienes, pues, fecho en la cabeza, guardate de volver à pecar. No vuelvas à pecar mas; antes pide, que se te perdonen los delitos passados. Y aun temiendo aquellos

No adicias iterum.

Sap. 14. 9. Similiter odio sunt Deo impius, & impietas ejus.

No adicias iterum; sed & de pristinis deprecare, ut tibi dimittantur.

los mismos pecados, que has confesado, buelve de nuevo à llorarlos cordialmente, y à confesarlos. Quien sabe si en tus confesiones passadas hubo el dolor, que se requiere para el perdon? Y aun quien sabe, que tu penitencia no fue semejante à un sepulcro blanqueado por defuera, y adornado con una hermosa inscripcion, que no tiene mas dentro, que hediondez? Mucho puedes dudar en tu estado! Por esto, pues, pide perdon de tus culpas passadas: recurre à Dios, humíllate, aplacale, pídele de continuo, que te las perdone: y esto sucederá quando su Magestad te conceda aquel corazon contrito, que nunca dexa de alcanzar lo que pide.

Simil.

De pristinis deprecare.

Ut tibi dimittantur.

DISCURSO XIX.

DE LA PENITENCIA, QUE HA DE hacer quien pecó.



TERTO Poeta llamado Aléo, grande amante del vino, de todas las estaciones de el año sacaba titulos para beber mas solemnemente. En el Otoño, decia, es menester beber, para honrar à la vendimia alegre; en el Invierno, para expeler el frio; en la Primavera, para recrear los espíritus; en el verano, para fomentar el calor vital, enflaquecido con el calor contrario. Y si se ha de decir la verdad, este modo de discursar le agrada tanto à todos los que van detrás del caliz del deleyte, que ellos tambien de todas las edades facen sus argumentos de estar alegres: de la infancia, y de la juventud, porque así lo aconsejan los años frescos: de la virilidad, y de la vèxex, porque lo piden los cuidados multiplicados. Y por esto, aunque el Espíritu Santo le señaló al llanto su estacion, y à la risa la suya. Tiempo de llorar, y tiempo de reir: ellos no queriendo estar à estas divisiones, lo señalan todo para la risa,

Athen lib. 10. cap. 9.

Ecc. 12. 4. Tempus stendi, & tempus ridendi.

ría, y nada para la compuncion. Mas no discurren bien, Catholicos, no discurren bien. El tiempo de la vida presente, es tiempo de penitencia, y el tiempo de la vida futura es tiempo de delicia. Por lo qual nos deven mover à hacer penitencia, no solo todas las estaciones, mas tambien todas las edades, las mas floridas para embarazar los pecados: las mas maduras para satisfacer por ellos. Esto, es, lo que pretendo aqui persuadiros, si me queréis atentamente leer: mas porque el persuadir una penitencia continua, es la mas dura empresa, que puedo cargar sobre mi, será menester, que para lograr lo que pretendo, os la persuada con argumentos eficacisimos, y serán dos: la necesidad, y la facilidad de hacerla. Atended bien, y vereis, que pido lo que es justo.

§. I.

DOS especies de penitencia podemos distinguir aqui à nuestro intento: una interior, que consiste en detestar el pecado; y otra exterior, que consiste en castigarlo con obras saludables, y satisfactorias. De la primera havemos hablado bastante. Por esto intento hablarlos al presente de la segunda. Y de esta afirmo, que es necesaria, mirando à Dios, que es el ofendido, y necesaria, mirando al hombre, que es el ofensor. Creeréis, que quiero decir, que es necesario, que hagamos la penitencia, que nos impone el Sacerdote. No os digo solo esto, mas añado, que es necesario que demás de la que el Confesor nos impuso, como juez, nos encarguemos de otras obras semejantes penitenciales por nuestra eleccion propria. El primer capitulo, como lo havemos dicho, de esta necesidad, es Dios ofendido, que pide satisfaccion. Pudiera Dios perdonar con la culpa toda la pena, sin otra pretension, quien no lo sabe? Por qué es al fin el Dueño absoluto, y la injuria del pecado cometido le ha herido à su Magestad: *Contra vos solo pequé,* le decia el Profeta David; porque aunque el pecado de David era juntamente pecado contra Urias; sin embargo el ser injuria hecha al proximo, y hecha à Dios, no le añadía algo mas detestable, o mas disforme, que si huviera sido hecha à Dios solo, siendo manifestisimo, que

Tibi soli peccavi.

S. Thom. 2. a. 2. q. 67. art. 4. ad 2. & 3. p. q. 2. art. 3.

que Dios por sí no es menos que Dios con todas las criaturas, que ha producido. Supuesto esto, pudiera Dios, como he dicho, perdonar la injuria, sin pedir alguna satisfaccion al injuriador. Mas aunque con esto mostrara bien su poder, y su misericordia, no mostrara igualmente bien su Sabiduria, y su Justicia. Mostrara su poder, con romper aquellas cadenas de diamante del pecado, indisolubles para qualquier otro, que para su gran brazo; y mostrara tambien su misericordia, con levantar à un hombre de la suma de todas las miserias posibles, que es el estado del pecador: mas no mostrara con esto tambien, como decia, su Sabiduria, y su Justicia. Y lo primero no mostrara su Sabiduria, pues no haria, que se viese la proporcion admirable, que hay entre la culpa, y la pena, por la qual se buelve à ordenar lo que desordenó el que pecó: y el mirar al pecado sin castigo, causara un desconcierto tan extravagante, que no se hallara otro igual, ni aun en el mismo Infierno, donde por otra parte no hay algun orden, mas solo eterno horror. De aquellos modos, dice la Ley, con que nos obligamos, de los mismos, exercitados al contrario, nos libramos. Nos obligamos, pecando, y con las palabras, con los pensamientos, y con las obras: y por esto sabiamente nos obliga Dios à desobligarnos por medio de la penitencia, con la confession de la lengua, con la contricion del corazon, y con la satisfaccion de las obras: lo qual no sucediera, si Dios le perdonara al pecador igualmente todas las acciones penales, contento, quanto mas, con solo el dolor interior.

3 Demás de esto, la divina Sabiduria requiere sabiamente esta misma dificultad, que traen consigo las obras satisfactorias, para disminuir los pecados, que se fomentan demasiado con la facilidad del perdon. La facilidad en perdonar, da incentivo para delinquir. Si fuera cosa facil el recoger las mercaderías después del naufragio, qué duda hay, que en qualquiera leve tempestad se vieran arrojar inconsideradamente? Mas, porque el recogerlas no solamente es incierto, mas juntamente muy trabajoso, por esto los Mercaderes las defienden, no menos, que à su vida, hasta lo ultimo; y muchas

S. Thom. 2. a. 2. q. 73. art. 8. ad 2.

Nullus ordo, sed semper inus horror inhabitat.

L. Fere. ff. de regul. juris. *Peri quibuscumque modis obligamur, ipsam, in contrarium actus, liberamur.*

Facilitas venia, incentivum peccandi.

veces eligen morir con ellas, antes que sobrevivir sin ellas: el qual sin duda es consejo necio: mas esto, que sin embargo consigue la avaricia, de tantos, tan injustamente, ha querido Christo de los suyos, con suma razon. Ha querido, que todos estén atentísimos entre las borrascas, ò de las tentaciones, ò de las tribulaciones, que les acontecieren, à no arrojar una mercadería tan preciosa, como es la gracia. Y por esto, qué ha hecho? Ha hecho, que el recobrarla, tenga no solamente incertidumbre, pero tambien, mas que ordinaria farsa, por las obras penales, que se han de hacer; y así consigue, que no se precipite en tirarla con atrevida mano, mas que se elija morir animosamente, antes que pecar: *Dios te ha perdonado tu culpa*, le dixo el Profeta Natán à David, *mas quiere sin embargo para castigo de ella, que se muera el hijo, que por ella ha nacido*, para que el dolor, que concebirás por esta muerte, te sirva de correccion, penosa si, mas saludable, para hacerte odio al mal, que cometiste.

4. Requiere con todo esto sobre todo la satisfacción de las obras penales la divina Justicia, que como mas conocida, que las otras perfecciones divinas, quedará muy desacreditada, perdonando la culpa sin la compensacion de alguna pena. Considerad, pues, Catholicos, que todo pecado es injuria de sumo desprecio, y de summa crueldad contra el Señor. Que es de sumo desprecio, es manifestísimo: porque Dios interpone toda su suprema autoridad para prohibirla: de donde toda transgression de la Ley divina, es delito de Lesa Magestad, hablando con todo rigor. El pecador, pues, al obrar mal, desprecia todas las perfecciones divinas, teniendo menos atención à contentar à su Soberano Monarca, que à contentar su passion fea. Y así no hace estimacion de el poder, desobedeciendo tan libremente, como si no tuviera fuerzas para dañarle: no hace estimacion de la Sabiduría, turbando aquel hermoso orden, que estableció, colocando, como se debe, la voluntad humana debajo de la divina: no hace estimacion de la Bondad, reputando en comparacion de aquel abyssmo de bienes, por bien mayor, el dar passo à un apetito desenfrenado: no hace

a. Reg. 12. 14.
Dominus tran-
sivit peccatum
tuum: tuum: ve-
runtamen si-
lens, qui na-
tus est tibi
mortis mori-
tur.

Ant. Perez
de Incar. d. 5.

hace estimacion de la Inmensidad, pecando en presencia de Dios, como si Dios no lo viese: no hace estimacion de la liberalidad, despreciando las recompensas eternas, que promete: no hace estimacion de la Justicia, no aterrandose con las amenazas espantosas que promulga: no hace estimacion de la Santidad, cometiendo una accion, que ella aborrece infinitamente: en una palabra, no hace estimacion de alguna de las infinitas perfecciones, que se contienen en Dios; de donde hace un acto pessimo, pues hace un acto sumamente contrario à la divina Voluntad, segun aquella regla universal: *Lo que es contrario à lo optimo, es pessimo*.

5. De esta misma contrariedad de las acciones malas à la Voluntad divina, demás del desprecio de la injuria, proviene tambien la crueldad. Algunos difinen al pecado, aniquilacion de Dios: porque si Dios pudiera faltar, le destruyera el pecado. Y la razon es, porque este monstruo vá por su naturaleza à dar disgusto al Señor, en quien si pudiera caber desagrado sensible, el desagrado fuera infinito, y por esso destruyera al mismo Dios: *El pecado mortal es de tal naturaleza, que si fuera posible, destruyera al mismo Dios; porque fuera causa de tristeza en Dios, y la tristeza fuera infinita. Es verdad, que la Divinidad pone al Señor en estado de no poder ser herido de alguno, sea el que fuere. Mas sin embargo el pecador tira el golpe, y hace todo quanto puede hacer para herirle; y si le falta el aliento, no le falta la voluntad. Dixe, no le falta la voluntad, porque el pecador quando rompe las leyes, quisiera dentro de si, que Dios, ò no conociera su transgression, ò no la aborreciera, ò no la pudiera castigar: lo qual no es mas en la substancia, que desear, que Dios no sea Dios, y que no posea la Sabiduría, la Justicia, y el Poder infinito, que posee, que es un genero de malicia, no solamente cruel, mas tambien execrable. Malicia verdaderamente cruel, y totalmente execrable, dice San Bernardo, que desea malicia, que perezca el Poder, la Justicia, y la Sabiduría de Dios. Y que el pecado mortal sea de esta malita naturaleza, se ve claramente en la Passion; pues haviendo tomado el Señor una vida capaz de muerte, ved aqui que el pecado*

Lib. 8. Eth.
cap. 10.

S. Thom. 1. 2.
q. 73. art. 4.
Quod est con-
trarium opti-
mo, est pes-
simum.

Annihilatio
Dei.

Medi. de Po-
nit. Peccatum
mortale talit
est nature, ut
si possibile es-
set, destrueret
ipsum Deum,
eo quod causa
esset tristitie
in Deo, &
tristitia esset
infinita.

Tert. 1. de
Carne Chec.
3. Quem extra
idum Divini-
tas possit.

Serm. 3. de
Resurr. D.
Cruclis pla-
ne, & omni-
no execranda
que desat malitia, que
Dei Potentiam, Jus-
ticiam, Supen-
tiam perire
desiderat.

se la dió en la verdad, é hizo que con efecto se vieste aquella malignidad, que contra el puro Sér divino no puede exercitar, mas que con solo su mal efecto. En lo demás, el pecado mortal hace contra el Sér divino todo aquel mal, de que mira capaz aquel sumo Bien. Dios es inalterable en sí mismo, y solo puede tolerar alguna apariencia de mudanza en nuestro entendimiento: Dios es indefectible en sí mismo, y solo puede tolerar alguna seniejanza de muerte en nuestro corazon: todo lo qual sucede, quando formamos una idea indigna de su Suprema Magestad: y esta muerte le dá dentro de sí el pecador, quando le propone á las criaturas: quando le roba aquella gloria, que se merece Dios, como Soberano: quando en suma le arroja del Altar de la voluntad propia, para colocar en su lugar al Idolo del placer, ó de la ambicion, ó de la avaricia: y juzga que vale mas el dinero, que Dios. Este es aquel arrojar á Dios de su Trono, aquel quitarle la Corona de la cabeza, aquel sacarle de la mano el Cetro, que me haveis oido otras veces detestar tanto á mi, y mucho mejor que á mi, á los que os hablan frecuentemente desde los Pulpitos. Dios no tiene Cetro, ni Corona, ni Trono, porque es purissimo Espiritu; mas su Cetro, su Corona, su Trono, es la autoridad, que posee como Soberano, que todas las criaturas se le humillen devotas, y que le obedezcan. Y esta autoridad es la que aprecia infinitamente, y la que no quiere dar á alguno. (No daré á otro mi gloria) como todos los Principes de la tierra, que tienen el vestido, la purpura, y las otras insignias Reales, y sin embargo no es esto lo que estiman (pues llevan bien que en las Comedias se adornen de ellas aun los Reyes fingidos) lo que estiman es la autoridad de mandar, que significan aquellas insignias, y el poder preferir su voluntad á la voluntad de los Pueblos, que les están sugetos. Pues esta superioridad le pretende el pecador quitar á Dios, privandole de aquella exterior excelencia, ya que no le puede privar de su interior Divinidad: Ofendiendo á Dios, no de qualquier modo, mas deicciendum

S. August. in
Psalm. 51. Et
plus putat,
nummum val-
lere, quam
Deum.

Id. 42. 8.
Gloriam meam
alteri non da-
bo.

Simil.

Cal. 2. 2. 9. 14.
art. 2. Offen-
dens Deum
non qualiter
carnique, sed
hostiliter, ad
deiciendum
Deum á sua
deitate.

6 Esta es la injuria que hace el pecado á la Magestad del

del Señor. Pues os parece injuria pequena, y que no merece alguna satisfaccion? Por ventura tu deslealtad es de poca monta? Es acaso una rebelion, una traicion, ó una injuria tan tolerable, que se ha de despreciar? Quieroos hacer Jueces á vosotros mismos. Sé, que no pueden ser tan mentirosos vuestros pesos, que sobre ellos no pese cosa el sumo agravio, que le hace á Dios la culpa. Y quando vuestros pesos mintieran tan enormemente, no pueden mentir los pesos de la divina Justicia, que si bien acompañada de la misericordia, muda la pena inmensa, y eterna, que le es devida á todo pecado, en pena llevadera, y temporal; sin embargo requiere alguna satisfaccion, como reparadora de la honra, que se le quitó á Dios. Así como en nosotros la trasfible es como defensora de la concupiscible; así en Dios la Justicia es defensora de la divina voluntad, nos amenaza antes que traspañemos sus divinos mandamientos, y nos caliga después que los havemos traspañado, sin que quiera variar un punto de este tan sabio estilo.

7 Y ved aqui la razon, porque el Señor no le perdona al pecador enteramente toda la pena, mas quiere que afligiendose satisfaga en alguna parte á su deuda: la razon es, porque el Señor siempre obra como quien es, esto es, como Grande; de donde no exercita en sus operaciones una sola de sus perfecciones, mas exercita muchas juntas, y perdonando de la manera que ahora diximos, no muestra solamente su omnipotencia, mas tambien su sabiduria, ni descubre solamente su misericordia, mas tambien su Justicia. Por esso aquel Espiritu de penitencia, que ha de animar el corazon de todos los pecadores ya arrepentidos, es una participacion de la Justicia divina, y de aquel odio inmenso, é inexplicable, que tiene Dios á todo pecado: y la penitencia, que produce este Espiritu, es un bolver á poner en orden las cosas, que se hallaban desordenadas. El desorden sumo, que trae consigo la culpa, es hacer, que la voluntad criada de el hombre se levante sobre la voluntad increada de Dios. La penitencia, haciendo, que el pecador padezca algo contrario á su querer proprio, y conforme al divino, viene á quitar este desorden hor-

Eze. 16. 20.
Numquid par-
va est fornicatio tua?

S. Thom. 1.
p. q. 81. art. 2.
in corp.
Inscibibilis est
quasi propugnatrix concupiscibilis.

rendo, que no se aparta perfectamente, si el pecador no padece algun mal: pues estuviera siempre superior, y se hallara, para decirlo así, con la suya. Aquella desobediencia, que cometió pecando, no quedará enmendada con alguna sumisión, ni aquella soberbia, que mostró, con algun rendimiento, ni aquel gusto, que tomó con algun sinfabor.

8 Por esta misma causa no ha de ser solamente interior nuestra penitencia, mas ha de ser tambien exterior; de fuerte, que no solo por ella padezca el Alma, pero tambien el cuerpo. Ha sido muchas veces el principal, y es menester, que tenga parte de la satisfaccion, como tuvo parte del delito. Y aun parece, que Dios perdona al Alma, con condicion, que asija a su cuerpo. Ha sucedido tal vez, que no hallandose Verdugo para dos complices, condenados a muerte, se ha perdonado al uno con condicion, de que execute con su mano el suplicio en el otro. Figuraos, que lo ha hecho así el Señor. El Alma, y el Cuerpo son dos Reos, complices del mismo delito de lesa Magestad divina. Dos sin embargo, no porque le falte, quien ponga por obra la sentençia sobre los dos, mas por el exceso de su infinita bondad, tiene por bien perdonar al Alma, con este pacto de que execute la sentençia, aunque muy mitigada, en el cuerpo su compañero en el delito, condenado con ella. Y así mientras el Alma aflige su cuerpo, qué hace? Executa los ordenes de la divina Justicia, y es como un Lugar-Theniente de Dios indignado. La penitencia sentenciando contra el pecador, usa por Dios de la indignacion, dice Tertuliano. La Alma penitente, vistiendose de los sentimientos del corazon divino, llena de zelo de reparar la honra de su Señor, piada del pecado, se arma contra su cuerpo, para vengar tan graves ultrajes: y de este santo rigor procede la penitencia mas escogida, como la Mirra mas escogida, de las espicias.

Lib. de penit.

In peccatore penitentia pro nuntians, pro Deo indignatione fungitur.

Simil.

Plin. lib. 12. cap. 16.

Indica. Mirra.

Indica. Mirra.

Indica. Mirra.

Indica. Mirra.

Indica. Mirra.

Indica. Mirra.

Indica. Mirra.

Indica. Mirra.

Indica. Mirra.

Indica. Mirra.

Indica. Mirra.

9 Es, pues, manifestísimo, que la penitencia es necesaria por la parte del ofendido, que es Dios: veamos ahora, como no es menos necesaria por la parte del ofensor, que es el hombre: necesaria, mirando a lo pre-

presente, que es el reato, que quedó con los habitos malos, contraidos por esse pecado: y necesaria, mirando a lo futuro, para no bolver a pecar. Digo, pues, que la penitencia dolorosa, es lo primero necesaria, mirando al pecador, por esto mismo, porque pecó. Por qué razon, dice San Juan Chriostomo, creéis que el primer Predicador de la nueva Ley, San Juan Bautista, trató a los Fariseos tan asperamente, hasta llamarlos generacion de Vivoras? Generacion de Vivoras, quien os enseñará a huir de la ira, que ha de venir? La razon es, porque los Fariseos creian, que con recibir el Bautismo podian satisfacer de repente todas sus deudas, y rematar al instante todas sus cuentas. Mas haveis menester mas, que un poco de agua (les decia con voz intrepida San Juan) haveis menester mas, que un poco de agua de mi Jordán, para labar vuestras manchas; de fuerte, que no provoquen mas contra vosotros el enojo divino. Quien os enseñará a huir de la ira, que ha de venir? Lo mismo, con alguna proporcion, se les puede decir a los Chriistianos; aunque al presente gozan de un Bautismo mas perfecto, en el Sacramento de la penitencia; que piensan, en haviendose confesado, que han cumplido con todas sus obligaciones, y se echan sus pecados a las espaldas, como si jamás los huvieran cometido. Mirad con atencion, lo que hicieron los Santos, que conocian las cosas mejor, que nosotros. Aunque tuvieran seguridad de el perdon, no dexaban jamás de llorar sus defectos, asfigiendose con asperezas continuas, por esto solo, porque havian pecado. Consideremos brevemente tres exemplos: uno en la ley natural, otro en la ley escrita, y otro en la ley evangelica, para que se conozca, que en todo tiempo ha sido siempre indubitable esta maxima, que deve hacer penitencia, el que ha sido Reo, aunque al presente sea Justo. El primero es de Adán, que aunque havia oido de la boca de Dios, con el remedio de su culpa, tambien el perdon; prosiguió sin embargo por nuevecientos años continuos, en aplacar a la divina Justicia con los sudores de su frente, con el trabajo de sus brazos, y con las voluntarias penalidades de todos sus miembros, obligados a no pe-

Matth. 3. 7. Progenies viperarum, quis demonstrabit vobis fugere de ventura ira?

Quis demonstrabit vobis fugere de ventura ira?

dirle jamás delicadezas. Así en la ley escrita, el Rey David, habiendose dexado llevar de la pasión a cometer un adulterio, y à encubrirlo con otro exceso mas grave, qual fue el homicidio de Urias; aunque despues supo del Profeta, que Dios le havia perdonado, prosiguió sin embargo todo el discurso de su vida, atligiendose amarguissimamente, hasta comer la ceniza como pan. Mas sobre todos, en la Ley de Gracia, Santa Maria Magdalena, despues de haverle asegurado Christo el perdon, no por esto hizo consigo paces jamis, hasta que por quarenta años continuos se hizo un modelo de penitencia, mucho mayor, que lo havia sido en otro tiempo de escandaloso. Ponelos delante, y preguntad à estos grandes Santos: para qué asfugirle tanto? Para qué llorar? Para qué penar? Para qué maltratarse, aun despues del perdon expreso? Responderán todos de acuerdo: porque pecamos; y aunque, segun la condicion presente no seamos culpables, basta que lo hayamos sido, para perseguir siempre en nosotros à este enemigo de Dios, à quien no temimos dar acogida.

ro Y ciertamente aquel asanarse tan poco por las culpas pasadas, y aquel amar, y acariciar tanto al cuerpo despues de la confesion, es una deshonra, que casi le dobla à Dios la injuria despues de el perdon. *Ved aquí las pobres heridas del pecar, haver pecado, y no justificacer*, dice San Cypriano. Figuraos una Epósa infiel, que cogida en la falta, ha conseguido el perdon. Si despues da claramente à conocer, que no quiere mirar mas à la cara al Adultero, quanto menos admitirle, ó escusarle, se consuela el marido agraviado. Mas si el marido echa de ver por el contrario, que aun despues de el perdon, quiere la desleal tener correspondencia de papales con el traydor, le quiere hablar, le quiere regalar, le quiere tratar, como à amigo, aunque oculto, es fuerza, que se juzgue dobladamente afrentado. Así sucede en nuestro caso. La Alma, Epósa de Dios, se concierta con el cuerpo, como con un Adultero para romper la Fé; que se le deve à su gran Señor: y sin embargo Dios, Epóso agraviado, se digna de perdonarla. *Trataste, deshonestamente con muchos Amantes: mas con-*

Serm. de
Lapl.
*Ecco peiora
adhuc peccan-
di vulnera: pec-
casse, nec ju-
stificacere.*

Simil.

Jor. 3. 1.
*Fornicata es
cum amatori-
bus multis: ta-
men revertetur
ad me, dicit
Dominus, &
ego suscipiam
e.*

vier-

vierrete à mi, dice el Señor, y te recibiré. Si el Alma pues, llena de confusión de tan grande atrevimiento, concibe tal odio contra aquel cuerpo desleal, complice de sus delitos, que no quiere mas paz con él, no es creíble quanto el Señor se complace: pero por el contrario, si el Alma quiere tener conversaciones, como antes, con el mismo cuerpo, que la induxo à pecar, lo quiere regalar, lo quiere recrear, lo quiere tratar como à amigo; no os parece, que portandose de este modo, viene à multiplicar sus defectos, no mostrando, que entiende la miserable, que es el haver claramente violado la Fé à Dios, y el haverle abandonado por otro Amante? *El no dolerse de los pecados, hace que Dios se aire mas, que el pecar*, dice San Juan Crisostomo.

11 Y si aun despues de conocer, que se nos ha concedido el perdon, devemos todavia citar solícitos de satisfacer à Dios, lo mas que podamos, juzgad si devemos estar solícitos, no estando ciertos de este perdon! Decia San Agustín, que ningun hombre, por innocent que fuese havia de atreverse à partirse de este Mundo, sin haver hecho algun genero de penitencia: haciendo la penitencia, que resplandezca mas la inocencia misma, como lo rojo del Jazmin, hace que sobrefalga mejor en él el candor de leche. Pues que desorden será, que no solos los innocentes quieran partirse de este Mundo, sin haver jamás dado alvergue en sus casas à la penitencia, mas que tambien se quieran partir de él los pecadores, ciertos del mal que han cometido, è incertísimos de que se les haya perdonado? Deviera la Alma, à sola la memoria de haver pecado, encenderse siempre en un santo enojo, como lo hace el Ambar, que toda se pone roja à vista del veneno. Pues quanto mas deberá inflamarse, pues, sabiendo que ha pecado no sabe si al presente es justa; no sabe si su arrepentimiento fue verdadero; no sabe si su propósito fue eficaz; no sabe, en una palabra, si ha conseguido el perdon deseado?

12 Del mismo modo es tambien necesaria la penitencia, mirando al estado presente. Figuremonos, que Dios nos ha perdonado. Sin embargo, es menester asfugirle con obras dolorosas, así para pagar el reato de la

Hom. 60. ad
Popul.

*De peccatis
non dolere,
magis Deum
irasci facit,
quam peccare.*

Simil.

Simil.

la pena, como mucho mas para extirpar totalmente el mal habito contraido con los actos pecaminosos. Porque si bien la gracia, que se nos comunica por medio de la confesion, ò de la contricion, da muerte al pecado, no por esso se la da tan total, que no le dexé aun vivos

Ecel. 30. Mortuus est despus de sí à un semejante à sí. Murió el Padre, y juntamente no murió, porque dexó un hijo semejante à sí, en quien casi prosigue viviendo, con esperanza de perpetuarse, si puede, en la successión. Este hijo maldito del pecado es el habito malo, que se viene à engendrar del acto pecaminoso, como el hijo del Padre. Esto es, pues, lo que hace la penitencia, que aflige: da muerte à toda la descendencia de un Padre tan malvado, matando los malos habitos, y extirpando todos los renuevos perversos, y todas las raíces pestilenciales de la maldad, tan poderosas para volver à brotar. Las penas satisfactorias curan las reliquias de los pecados, y quitan los habitos viciosos, dice el Sacrosanto Concilio de Trento. Para desarraigir aquellas pessimas reliquias del pecado, no basta bolver simplemente à la gracia de Dios. Mirad en la naturaleza, quando se eclipsa el Sol: aunque despues de breve rato torne à resplandecer, con todo esto aquella su luz nueva no quita todos los malos efectos, que dexó su passado desmayo. Así, si por la culpa, se nos esconde el Sol de Justicia, aunque dentro de poco se buelva à descúbrir por la confesion, sin embargo no quita esta gracia recobrada todos los daños, que nos traxo el pecado con su eclipse funesto. Para quitarlos se requiere la penitencia, que con su aspereza hace deponer perfectamente la mala costumbre contraída: y así como la Sierpe debaxo de una piedra aspera se desnuda de sí misma, y se renueva; así el Alma, con este santo rigor, se viene à desnudar de los malos habitos envejecidos, y de las malas reliquias infelices de su culpa. Por esso el Santo David gritaba al Señor con tanta instancia: *Labadme mas de mi maldad, Señor, y limpiadme mas de mi pecado.* Qué pides, dice San Juan Crisostomo, ò noble penitente? Qué nuevo laboratorio has mentir, despues que el Profeta te aseguró el perdón,

Señ. 14. c. 8. Satisfactoria pena medetur peccatorum reliquiis, & vitiosos habitus tollunt.

Simil.

Simil.

Plal. 50. *Amplius labam me ab iniquitate mea, & à peccato meo quando me.*

don, ò de que nueva limpieza necesitas? Quitóse la llaga, mas quiere disminuir tambien la cicatriz. Bien sabe David, que está borrado el pecado, y que la herida está cerrada; pero quiere quitar aun la señal, quiere quitar lo que persevera en él de la culpa, que son los pessimos efectos, que expresamos ahora. Lavad mas, limpiad mas. No le basta, que se destruya el yelo de su corazon, lo quiere mudar en cristal. No pretendo solamente, que se me perdonen los pecados, pretendo aun algo mas, mayor honor, y mayor gloria.

13. Finalmente quitado el pecado pasado, y depuesto tambien el mal habito presente, es necesaria la penitencia para impedir la futura, y facil caída, que todavia puede seguirse, despues de haver saltado el habito. El dar de espuelas al cavallo, donde tropezó, aunque desgraciadamente, sirve para hacerle mas cuydado en la carrera, que le falta, y para alexarle mas de caer en otra nueva falta. Lo mismo será de nosotros, Catholicos, si todas las veces que pecamos, hacemos rigurosa penitencia: esta nos servirá de un recuerdo poderosísimo, para que no bolvamos à prevaricar. Porque no buelve el hombre con facilidad à los pecados, dice Santo Thomás, en habiendo experimentado la pena de ellos. Quien cae en un mal passo, si no lo paga mas, que con mancharse el vestido, no teme bolver à caer dentro de pocas horas: mas si se quiebra demás de esto una pierna, no se puede reducir à passar mas por él. Y de aqui nace en grande parte la facilidad lamentable de recaer. Tantas promesas al Confessor, y despues tan poca observancia! Yo creo, que todo este mal proviene, de que los Confesores se ven obligados à poner ligerísimas penitencias por gravísimas culpas, temiendo, que los penitentes no las cumplirán, si se les imponen mas molestas: y los penitentes contentos con haver executado aquello poco que se les ha ordenado, no piensan en añadir mas, para levantar un malecon mas sublime, y mas solido contra la avenida de todas las tentaciones, que los amenazan. El pecador, que por una cantidad grande de maldad no paga mas tributo que rezar, passeandose por un Jardinillo de su casa, la Corona, viendo que ha hecho tan buena venta

Ablatum est vulnus, sed vult, & cicatricem extenuare.

Amplius labam, amplius mundam.

Non quero solum peccata demitti, plus aliquid quero, majorem bonorem, majorem gloriam.

Simil.

S. Th. sup. q. 15. art. 1. in cor.

Quia non facile homo ad peccata redit, ex quo penam expertus est.

Simil.

Greg. in 1.
Psal. Pœnit.
Omnis curatio
quantò diffici-
lius acquiritur
tanto, acqui-
sitã cautius cu-
stoditur.

Guerr. Serm.
de Purgat.
Suscipio est,
fonte purgari,
quam igne.

Trid. sess. 14.
cap. 2.
Ad remissio-
nem plenam,
& integram
peccatorum, si-
ne magnis fle-
tibus nostris,
& laboribus,
pervenire ne-
quaquam possu-
mus.

C. Hoc. ip-
sum. 33. q. 2.
Ita S. Bonav.
In Can. Pœnit.
redditis Grati.
ad caltem, de-
creti.

ta de su mala mercadería, no teme volver à cargar de ella, quanto antes: mas si por el contrario, los hurtos, las deshonestidades, las irreligiosidades, las venganzas costáran aun, en el Tribunal de la penitencia, lo que solían costar en los primeros tiempos, no anegará la maldad con una inundacion tan alta à todo el Christianismo, mas se contuviera dentro de sus reparos, y experimentando los pecadores, que el sanar de las culpas, les cuesta mucho, guardáran cautamente la salud, recordada con tan grave dolor. Toda cura, quanto mas dificultosamente se consigue, tanto alcanzada, mas cautamente se guarda.

14. Por todas estas razones, mirad, quan necios son los pecadores, que van buscando los Confesores, que dan las penitencias fáciles! Dexemos estár, que si uno no se laba ahora muy bien en el baño de la penitencia, será despues duramente purificado en el fuego del Purgatorio: y no sale bien la cuenta. Mas suave cosa es limpiarse con agua, que con fuego. Dexemos, digo, estár todo esto: creéis, que se pueden pagar todas las deudas del pecado, que quedan despues de la absolucion; creéis, que se pueden desvanecer todos los habitos, que se contraxeron por él; creéis, que se pueden impedir eficazmente todas las recaídas con tan poco? De ningún modo podemos llegar al perdón lleno, y entero de los pecados, sin grandes llantos, y trabajos nuestros. Y este ha sido siempre el juicio de la Santa Iglesia, que si ahora ha mudado la práctica por nuestra tibieza, no ha mudado los sentimientos, siendo invariable el espíritu, que la rige. De aquí leemos en los Canones, que para todo pecado grave se havian determinado, por lo menos al principio, siete años de penitencia, à imitacion de los siete dias, que Maria, herida de lepra, estuvo apartada de las Tiendas por su loquacidad tan famosa: aunque siendo el mismo pecado mas horroroso despues de la muerte de Christo, que era antes, se instituyó, que para satisfacer por él los Christianos, mudásen los dias en años: Y quando ois decir, años de penitencia, qué haveis de figuraros? Ayunos rigurosísimos: vestirse, ya de cañamo, ya de cilicio: andar descalzos: galtar en ora-

oracion muchas horas al dia: abstenerse de los unguentos olorosos, de ir à cavallo, de ir con coche, de salir à cazar, y de otras recreaciones semejantes, aunque honestas: aunque quanto el pecado, que se havia cometido, era mas noble, tanto la penitencia havia de ser mas rigurosa aquellos siete años, à juicio del Sacerdote. Y si alguno espantado de la longitud de semejante penitencia, dilataba el llegarle à la confesion sacramental, bastaba esto, para hacerle cortar, como à miembro podrido, de la comunicacion de los Fieles. Si alguno, temiendo la penitencia larga, no quiere ir à confesar, se ha de echar de la Iglesia, hasta que se arrepienta. Tal era el aprecio, que se hacia de la penitencia en aquellos tiempos, en que universalmente conocian mucho mejor que ahora los Pueblos su grave necesidad, assi en orden à satisfacer las injurias que hizo à Dios el pecado, como en orden à extirpar la mala costumbre, impedir las peligrosas, y probables recaídas. Si ahora no gusta de este rigor la gente, no es porque el camino del Paraíso se ha hecho mas ancho; no es porque la necesidad de las obras saludables, y satisfactorias se ha hecho menos grave: la causa verdadera proviene de que no se aprehende la atrocidad del pecado. No hay quien haga penitencia de su pecado, diciendo: qué he hecho? Si el pecador entendiera lo que ha hecho, anteponiendo el querer proprio al querer divino; haciendose dueño de si mismo, como si fuera un Soberano en el Universo, arrojando todos los thesoros de la divina gracia, que le merecieron tantas fatigas, y con tanta sangre el Redentor, se dixerá soltegradamente entre sí: Qué he hecho? Qué he hecho? Es posible, que yo haya sido tan perdido, y tan loco, que no haya temido hacer à Dios tanto agravio, y hacer tanto daño à mi Alma por una pura nada? Quien discurriera (buelvo à decir) assi, bien cierto es, que no tuviera dificultad de abrazar la penitencia mas rigurosa por remediar tan grave desorden. Mas porque el miserable, no considerando cosa de todas estas, atiende à beber la maldad, como la agua, por esso se halla gravado con qualquiera penitencia, por mas ordinaria que sea, la que se le impone, como con un peso indiscreto, è intolerable.

C. Prædicand. 2. 2. q. 1. V. Graff. decif. aurear. lib. 1. c. ult. In eod. c. Prædicand. Si quis timens penitentiam longam, ad confessionem venire noluerit, ab Ecclesia repellendus est, donec resipiscat. Jer. 86. Nul- lus est qui agat penitentiam super peccato suo, dicens: Quid feci?

Quid feci?
Quid feci?

El

Simil.

15 El Principe, que descansa blandamente en las Salas de su Palacio, y sale solamente para irse à divertirse à sus Jardines, ò à sus Galerías, no se alía con los Rebeldes, que le arruinan por todas partes su Estado. Mas el Principe, que sale fuera à Campaña en la frente de su Ejército, y mira con sus propios ojos, aquí humeando una Aldea, allí derribada una Torre, en una parte abrasada una tierra, en otra desmantelada una Plaza: por todos lados, ò saqueadas, ò taladas las posesiones; llenos de estragos los fosos, de sangre los Rios, cubiertos de cadáveres los caminos publicos: todo colmado de terror, de lutos, de llantos, de miserable confusión; se enciende de tal enojo, que no teme exponer para vengarse quanto dinero ha recogido en su Erario, y aun quanta sangre tiene en las venas. *El hombre arrepentido*

Ser. 35. de verb. D. Homo penitens, est homo subraicans.
es hombre, que se alía consigo, dice San Agustin. El hombre penitente es lo mismo, que un hombre airado contra aquella parte de sí, que se ha revelado à la razon. Pero vosotros no concebís tan hermoso enojo; porque atentos siempre à daros placer, no consideráis los defectos, que ha causado en vuestra pobre Alma esta horrenda rebelion, con que todas las cosas humanas, y divinas, están rebueltas. Mas si fuerais una por una mirando, y midiendo las grandes ruinas, de que se trata, no sería posible, que no entrarais en un vivo zelo de reestaurar con quanto teneis vuestro, así la honra divina, como las proprias perdidas. Mas bueno está. *No hay quien*

Nullus est, qui agat penitentiam super peccato suo, dicens: Quid feci?
baga penitencia de su pecado, diciendo: qué he hecho?

4. diff. 20. art. 2. q. 3.

16 Me diréis, que si dexais de hacer penitencia, suplis estas faltas con las Indulgencias. Mas en esto errais toscamente con vuestro daño. Lo primero las Indulgencias (segun la doctrina de Santo Thomás) ayudan à la penitencia, en quanto la penitencia es satisfactoria, no en quanto es medicinal; y por esso para quitar el abuso de los juramentos, de las maldiciones, de las impaciencias, de las blasfemias, de las recaídas en todo genero de inmundicia, no bastan las Indulgencias; son menester, como se ha dicho, los actos contrarios, las austeridades, las oraciones, los ayunos, las disciplinas, y las otras obras, que afligen, proporcionadas

à la

à la calidad, y cantidad del mal, que se ha hecho, para que sirvan de remedio à quien las tolera, y algun dia tambien de freno. Y demás de esto, quien os asegura, que conseguís estas Indulgencias, en que confiados, quereis abandonar la penitencia, aunque sea la unica tabla de seguridad, para quien, como vosotros, ha naufragado, pecando? Oiréis à su tiempo, que las Indulgencias no pueden borrar el reato de la pena, si antes con verdadero dolor no se ha borrado el reato de la culpa. Pues quantas veces acontece, que se vaya al Confesor mas por uso, dexando à sus pies la piel de una exterior apariencia, como la fábén dexar tambien las Vivoras, pero no el interior veneno de la malicia? En todo caso, si se detestan los pecados mortales, no se detestan los veniales; y así no se logra la Indulgencia plenaria, segun toda su plenitud. Y quando se lograse, buelve desde el principio el desorden, que decia, que es no querer mas remedios para la culpa, que los delicados; sin considerar, que no son estos los remedios, que sirven de bastante preservativo para las recaídas. Y esto supuesto, agradeos mi consejo. No dexéis por las Indulgencias solas la penitencia, mas procurad añadir las unas à las otras, como lo hacen las Almas verdaderamente solícitas de sí mismas: y entonces si, que con aquel acceyte de pura misericordia, y con este vino de moderada austeridad, se cerrarán de modo vuestras llagas, que no buelvan mas.

§. II.

17 SIN embargo, porque la penitencia dá miedo con solo el nombre à las personas del Mundo, que falsamente la tienen por aquella tierra, que traga à sus habitantes; pasemos ahora à mostrar, que no solo es necesario el hacer penitencia; mas que demás de esso no es tan dificultoso, como parece à la primera vista. Lo primero, la penitencia es un unguento, que se compone de estos tres ingredientes olorosos, oracion, limosna, y ayuno. Y la razon es, porque no poseyendo nosotros, mas que tres especies de bienes, unos de Alma, otros de cuerpo, y otros que llaman de fortuna; con la limosna sacrificamos à Dios los de fortuna; con el ayu-

Num. 13. 33. Terra ista devorat habitatores suos.

S. Thom. suppl. q. 51. art. 3.

no, los que le pertenecen al cuerpo; y con la oracion, los que pertenecen al Alma. Y aun en un mismo tiempo combatimos à todos los pecados, mortificandolos en su raiz: con el ayuno à los pecados carnales, con la oracion à los pecados espirituales; y con la limosna à los pecados medios, esto es, à los que son, parte carnales; y parte espirituales, entre los quales singularmente se cuenta la avaricia. Por esso, si no podeis ayunar, quizá podreis tener piedad con los pobres, haciendoles limosna; ò visitar à los enfermos en un Hospital, sirviendolos, y consolando los. Y si esta misericordia no os es permitida, podreis suplirla, rezando cada dia devotamente muchas oraciones, oyendo muchas Missas, haciendolas decir, confesandolos, y comulgando à lo menos cada mes. Demas de esto, si os es muy duro el asfregar con aspereza vuestra carne, no os será tan dificil el privarla à lo menos de varias recreaciones algunas veces permitidas: dexad por penitencia los juegos, si quiera por algun tiempo; escusaos de ir al Bayle, à la Carrera, à la Comedia, à la conversacion; no procureis salir à divertiros con alguno de vuestros compañeros mas agradables; abstenos de desahogar los ojos en alguna nueva curiosidad que se encuentre, ò de recrear la gula con algun manjar mas regalado, y mas raro, que se ponga en la mesa. Y finalmente, si aun esto à la extremada delicadéz de los Christianos les parece demasiado, à lo menos dispones à tolerar de buena gana todo lo que de qualquier modo fuere menester padecer por otro camino, ò en las fatigas de el oficio, ò en la incomodidad de la posada, ò en la inclemencia de la Estacion, ò en las otras tribulaciones, que os embia el Señor en vuestro estado, ofreciendo todo esto à la divina Justicia por penitencia del gravissimo mal, que haveis cometido. Dos calidades de Myrra se hallan, una que destila espontaneamente de los arboles, y otra que se saca à fuerza de varias heridas. Lo mismo es de la penitencia: hay una, que nos cargamos voluntariamente; y hay otra, que damos à fuerza de varios golpes debaxo del azote de nuestro Padre celestial, que le descarga sobre nosotros por nuestro bien: y tambien con estos generos de penitencia enseña el

Sacro.

Simil.

Sacrofanto Concilio de Trento, que podemos satisfacer à la divina Justicia, si recibimos las adversidades con rendimiento de las manos de nuestro Juez, y si las llevamos con tolerancia, sin que xarnos de su Magestad, mas aprobando, y amando su sententia con las palabras, que salieron de la boca del Buen Ladrón para tanto bien suyo. *Nosotros padecemos justamente, porque recibimos lo que merecen nuestras obras.* El acreedor indifcreto quiere, que le paguen en moneda escogida; mas el acreedor amoroso se contenta con qualquiera cosa, con tal que se le pague. Dios es acreedor benignissimo, y compadeciendose de la flaqueza de nuestra sensualidad, acepta por paga, aun aquellos males, que no escogemos, y se contenta, con que de la necesidad hagamos virtud. Mas el caso es, que en lugar de pagar las deudas antiguas con la paciencia en las tribulaciones, se contraen otras nuevas con la impaciencia. Si un cazador hiere à una fiera, y la fiera herida huye à otra parte, no gana à la fiera el que la ha herido, mas quien la ha cogido, quando huía. Asfi sucede frequentissimamente. Dios hiere à un pecador para ganarle, y el pecador herido, en lugar de correr à los brazos de su Señor, huye mas lexos de su Magestad, y se quexa, y se enfada, y se lamenta, y le dice Dios: *Qué hecho yo?* Y muchas veces tambien blasfema furioso: de donde en lugar de que el Señor tenga esta fiera, que havia herido, la tiene otro, que la halla fugitiva. Hierela Dios, y la gana el Demonio. No es esta una funesta desgracia? Notad, pues, para vuestra enseñanza, que de dos modos nos podemos portar debaxo de los azotes divinos. Podemos aceptarlos con plena resignacion de la voluntad, y podemos no aceptarlos. Si no los aceptamos, estos azotes no son satisfactorios, mas como son en sí, asfi se quedan, esto es, azotes puramente penales, porque nosotros no le podemos satisfacer à Dios, con lo que no es nuestro. Si los aceptamos, estos azotes se hacen, de penales, satisfactorios, porque nosotros, conformandonos en ellos con la voluntad de Dios, hacemos que estos azotes se hagan, como elegidos por nosotros mismos, ò equivalentes à los elegidos. No es, pues, grande locura poder

Tomo III.

Bb

con-

Sess. 14. c. 9.

Luc. 23. 4.
Nos quidem
iuste, nam digna
iustis recipimus.

Simil.

Instit. de
rer. divis. §.
Illum quasi-
tum.S. Th. suppl.
q. 15. art. 1.

conseguir, que esos azotes, que necesariamente ya se han de padecer, sean tan satisfactorios, como lo fueran las disciplinas, las cadenas, los cilicios, el dormir sobre el duro suelo, y por una necia ignorancia, dexar que queden nada mas que penales? Aprended, Catholicos, à facar fruto de las adversidades quando vienen: y lo aprendereis facilmente, si las recibis de las manos mismas de Dios. Y aun esto hará que las lleveis de mucho mejor gana. *No estará por ventura sujeta à Dios mi Alma? El Cortesano, que herido de improviso con una dura pella de nieve, se enciende en enojo, si al reboverse, mira, que quien se la tiró no fue otro, que su principe enmascarado, se inclina luego à aquella mano Magistral, que le hirió, y recibe el golpe, no, como obra de agravio, mas de favor.*

*Psal. 61. 2.
Nonne Deo
subiecta eris
Anima mea?*

Simil.

*Rom. 23.
Existimas, ho-
mo, quia tu
effugies Judi-
cium Dei?*

18 Pero si ni la necesidad de hacer penitencia, ni la facilidad de practicarla, os persuade, à lo que es nuestro bien, no tengo otra cosa, que deciros, sino que haveis hecho muy mal en pecar. Era menester, que estos tan delicados, que no tienen corazon para padecer, ni por Dios, ni de Dios, no contraxessen, pecando, la deuda, que han contraido. Pero ahora, que no solo la han contraido, mas la han contraido con tanto exceso, es menester, que la paguen: si, digo: no hay remedio: es menester, que la paguen. *Pienfas, hombre, que has de buir tu el Juicio de Dios? O hombre pecador, qué crees tu? Qué has de durar siempre despreciando à Dios, sin darle jamás con tu pena, la honra, que le quitaste con tu culpa? Sabe que te engañas mucho. Tu discurre, como quien eres, esto es, como ignorante, que poco capaz de las cosas divinas, no conoces, ni la Magestad del ultrajado, ni la maldad del ultrajador: de donde tus pensamientos están mas distantes de los pensamientos de Dios, que la tierra del Cielo. Es posible, que viendo tu en todos los lugares tan espantosos exemplos de la feveridad, que Dios muestra contra el pecado, tu solo entre todos te determinas à creer, que no has de experimentar lo que ha experimentado, y va experimentando todo el genero humano sin interrupcion? Mira que quando pienfas tu, que la misma Justicia está lexos de ti,*

ti, puede ser, que la tengas ya sobre tus espaldas, y que aunque no la ves, ella te alcance para acortarte la vida, en pena de lo que abusas del tiempo de la penitencia, mudandolo en exercicio de soberbia, y desenfrenamiento. *Pienfas hombre, que has de buir el Juicio de Dios? Existimas, homo, quia tu Ahora será tu Juicio de hombre, si te dispones à hacer penitencia; porque Dios te dexa ahora à ti el juzgar, y te dexa también el executar la sentencia, por medio de una voluntaria afliccion moderadissima. Mas si tu conoces, no conociendo el beneficio, que te hace, dexas passar este tiempo sin juzgarte à ti, y sin castigarte, Dios entrará à exercitar su Jurisdiccion absoluta. Y su Juicio no será Juicio civil, como ahora lo sería el tuyo, mas será criminal, que no se compone por dinero, mas quiere sangre; y será Juicio de Dios, esto es sumamente estrecho, y severo, à proporcion de el odio, que tiene su Magestad al pecado. Y la sentencia de este Juicio será sentencia tambien de Dios, esto es, digna del brazo omnipotente, que la executa. Pienfas, hombre, que te has de escapar de el Juicio de Dios? Aquí no hay lugar para la huida. Pusote delante la agua, el fuego: ad quod echarás mano à lo que quisiere. O llorar en este mundo por breve tiempo con los penitentes, ó arder en el otro por todos los siglos con los condenados. Cada uno elija: mas pienfelo primero bien, porque la falta, que se comete en esta eleccion, no tiene remedio.*

*Existimas, ho-
mo, quia tu
effugies Judi-
cium Dei?*

*Ecccl. 15. 17.
Apposuit tibi
aquam, & ig-
nem: ad quod
volderis, por-
riget manum
tuam.*

No hay correccion para el error.

*Non est corre-
ctio errori.*

